

¡VÁLGAME EL SEÑOR!

Una señora ya mayor intentaba colocarse en una silla supletoria de las que hay en muchas iglesias pequeñas con el fin de que los fieles no estén de pie en las celebraciones.

La silla plegable se resistía a ser desplegada. Después de luchar con ella unos instantes, la buena mujer exclamó: ¡Válgame el Señor! (que ha de ser leído: bárgamer señó) y, como por ensalmo, la silla adquirió la posición requerida para poder sentarse.

No se trata de hablar de la intervención divina en los pequeños hechos cotidianos. Estos hechos ocurrían en una población frontera entre las provincias de Murcia y Alicante. La tal población pertenece administrativamente a la última de estas provincias y por tanto a la Comunitat Valenciana. Es decir, se trata de una zona que tiene lengua propia, donde se exige a los funcionarios, profesores, estudiantes y otros profesionales que sean capaces de hablar y escribir valenciano. No cabe duda de que el hecho de poseer dos o más lenguas es una riqueza y, precisamente quien esto escribe, lo considera una de las mejores aportaciones que sus padres le hicieron al proceder de áreas lingüísticas diferentes.

Sin embargo, lo que esta anécdota significa es más bien que las fronteras son una convención. Por supuesto que se trata de descubrir el Mediterráneo. Todo el mundo sabe que se trazan fronteras por razones de administración y de mejor gestión de determinados territorios, al margen de que, además, posean culturas, costumbres y lenguas cercanas o diferentes. Las razones históricas también intervienen, por descontado, pero no son ni definitivas ni absolutas como ninguna de las razones anteriores.

En estos días, quizá para no tener que hablar todo el tiempo de recortes, primas de riesgo, falta de liquidez y rescates, estamos muy entretenidos con la posible segregación territorial de uno de los países que conforman este país. Sin poner en duda ninguna de las razones, todas ellas tan relativas como la separación entre Murcia y Alicante, que legítimamente reclaman los que pretenden una mayor autonomía o incluso soberanía, la verdad es que no entiendo los argumentos del actual gobierno que se pueden resumir en: No están los tiempos para mostrarnos divididos y emplear energías en lo que no sea acorazarnos moralmente contra la que está cayendo y que no se puede (o no se sabe) atajar.

Bien, mi reflexión en este asunto va en la dirección que trataré de exponer con la mayor claridad y brevedad posibles. Se ha demostrado que buena parte de los problemas económicos, de los déficits y endeudamientos públicos proceden de la mala gestión de las autonomías, quienes han gastado no sólo el crédito, lo que es normal (los créditos se piden no para meter el dinero en el calcetín debajo de una loseta), sino que no han sido capaces de acopiar ingresos que no fueran de las licencias y pelotazos del ladrillo.

¡Se fastidió el ladrillo! Y resulta que ahora no sabemos de dónde sacar ingresos, si no es privando a los ciudadanos de sus derechos, sueldos y ayudas, muchas de ellas vergonzantes (no me digan que son ustedes capaces de vivir con 400€ sosteniendo una familia, ni tampoco me digan cómo viven, porque me pondré a llorar).

Ahora se nos ocurre que, para generar empleo, en lugar de incentivar a los empresarios, lo que se nos ocurre es que todos, especialmente los jóvenes, emigren o se conviertan en autónomos emprendedores, con derechos mínimos, arriesgando sus conocimientos y su capital (no sé cuál).

No hay día que en la radio, sea cual sea la emisora y de donde quiera que sea, en que no entrevisten a una serie de jóvenes emprendedores que se dedican, mayormente, a crear juegos de ordenador. Estas criaturas consiguen cientos de miles de descargas en muy poco tiempo y se convierten en triunfadores, por lo tanto en ejemplo para otros que hayan perdido el empleo o que no lo hayan conseguido aún. ¿Cuánta gente creen ustedes que puede estar todo el día pendiente del nuevo jueguecito para descargarlo por un módico precio? O lo que es mejor ¿Qué futuro tiene esa producción efímera de usar y tirar?

Pero nos estamos desviando del objetivo. La cosa es que si las autonomías se están mostrando como el eje del despilfarro y ellas solitas no saben corregirlo, quizá merecería la pena ponerse a pensar no sólo en un nuevo reparto territorial, sino en un nuevo modo de gestión del mismo y en la especialización de las regiones. ¿No resulta que la Unión Europea ya pensó en su día que lo mejor para España y otros países del sur era que nos convirtiéramos en 'países de servicios'? ¿No se está planteando que Europa debería ser una federación de Estados y que eso, siguiendo un modelo parecido al de USA, asentaría el euro y corregiría una serie de desigualdades, implantando una mejor y más eficaz solidaridad entre los estados?

Pues hagamos algo así. Extremadura que se especialice en jamones, quesos, arte rupestre y ruinas. Castilla en sus castillos y en su trigo. Andalucía en sus vinos, sus monumentos y su sol. Murcia en su huerta, en sus montes y playas. La cornisa

Cantábrica en su leche, sus vacas y su clima suave y lluvioso, que siempre hay a quien le gusta veranear con gabardina. Madrid que no produce gran cosa que se reparta entre el juego y las universidades y Cataluña que produzca paños y diseño.

En fin, como se puede apreciar no soy experta en estas cosas, pero la mitad de ellas ya funciona. Es sólo cuestión de que los que saben debatan acerca de cómo se potencian esas cosas y se arraiga a la gente en su tierra, creando entidades especializadas que sean acordes con lo que allí mejor se sabe hacer.

Las fronteras de esos estados seguirán siendo aleatorias, ¡bárgamer señó! Pero habremos aprovechado una iniciativa, a lo mejor impropio, absurda o simplemente visceral, convirtiéndola en algo positivo.